

¿QUÉ QUIEREN ENTONCES?

Preludio a toda lucha anticarcelaria

¿QUÉ QUIEREN ENTONCES?

Preludio a toda lucha anticarcelaria

Por Tiqqun.

Editado por Tinta Revuelta.

Título original:
Préliminaires à toute lutte anti-carcérale.
Tiqqun, 2002.

¿QUÉ QUIEREN ENTONCES?
Preludio a toda lucha anticarcelaria

Titulo de la traducción:
¿QUÉ QUIEREN ENTONCES?
Preludio a toda lucha anticarcelaria

Este material fue traducido, corregido, editado e impreso por Tinta Revuelta parte del Colectivo YoNoFui en nuestra casa en el barrio de Flores, CABA con la intención de seguir ampliando las bibliotecas anticarcelarias. 2023.

Prólogo
REHENES DE LA MORAL

Por Colectivo YoNoFui

No existen bibliotecas Abolicionistas de las cárceles o de la pena en Buenos Aires. Hay librerías enteras sobre la ley penal y la ejecución de la pena. Podemos encontrar un poco sobre criminología crítica, pero casi nada sobre cómo haríamos para habitar un mundo sin cárceles. Y mucho menos, sobre las implicancias que tienen las cárceles en nuestro cotidiano, el desgarramiento que provocan en la musculatura social y su relación de continuidad con la esclavitud.

Vivimos un momento de crisis político afectiva y psíquica sin precedentes. Los proyectos progresistas “inclusivos” pendulan entre dos alternativas: los planes sociales o la cárcel. Una compañera privada de libertad desde hace 3 años por una causa de droga y sin juicio -20 gramos, tren Sarmiento, provincia de Buenos Aires-, nos contó que sus 3 hijos están trabajando como albañiles en las nuevas cárceles que forman parte del Plan de Infraestructura Penitenciaria de la Provincia de Buenos Aires, el más grande de la historia Argentina, que prevé más de 12.000 plazas. La rueda inclusiva. Nada más que agregar.

Cada vez que hablamos de cárceles o de “delito” emerge la moral: ese colchón cómodo en el que te puedes acostar (porque tenés colchón) porque tus acciones o incorrecciones pueden descansar en los resortes de las buenas conductas, sobre unas sábanas higiénicas, total nadie va a interrumpir tu sueño.

Tiqqun tiene un estribillo que nos provoca: “somos todxs criminales”. Algunas incorrecciones son más visibles que otras. Estás “a derecho” mientras mantengas limpio tú prontuario. La “necesidad” de ver pudrirse a alguien en la cárcel, el deseo de venganza ni el placer de verlo sufrir con el pretexto de sentir algo de “alivio”, no se valora como “delito”. Mientras tanto, la gestión del castigo, se la entregamos al estado para no mancharnos las manos. Cada época define de diferentes formas lo que es delito y lo que no lo es. Podemos definir cuáles fueron los delitos, que según “la sociedad”, azotaron y azotan cada década, no solamente por lo que se narra en los medios de comunicación, sino porque a partir de ahí se endurece el castigo en el Código Penal. En definitiva, la división entre criminales e inocentes es una ficción.

Algunas palabras de Tiqqun nos quedan lejanas, será por cuestiones demográficas y geopolíticas. No creemos que pueda existir tal cosa como un movimiento revolucionario, quizás sean varias, miles, las detonaciones que lleven a implosionar o explosionar a este ecosistema.

Les discutimos también la idea sobre el binarismo planteado entre personas privadxs de la libertad como “lo salvaje” y la sociedad como “lo civilizado”. ¿Por qué pensar “lo salvaje” alejado de toda organización y a la civilización como ajena a la barbarie? ¿Se supone que las cárceles nacieron como un modo civilizatorio de castigo? Aún con las mejores intenciones, la lectura simplista y binaria marca un “ellxs” y un “nosotrxs” que no nos permite imaginar a nuestrx vecinx, a un amigx, como alguien que puede transitar el encierro. Asociar “lo salvaje” a una persona acusada de cometer un delito, es una visión romántica, nos priva de conocer las estrategias de autodefensa y ataque que se tuvieron que utilizar para protagonizar los hechos que llevan a alguien a un penal. Ya sea para sobrevivir económicamente a quien cometió un delito contra la propiedad, o quien eligió revelarse a la norma, cualquiera haya sido su motivación y el artículo del código penal quebrantado. Llevar a cabo un hecho delictivo requiere organización y planificación, como también salir ilesos de la violencia penitenciaria.

A veces nuestro pensamiento progresista necesita de un fundamento exótico para exculpar las decisiones de quien es imputado de un delito. De alguna manera debe ser merecedor de nuestra empatía, no tiene que haber tenido otras opciones, venir de la miseria absoluta, haber caído en las adicciones o tener pocas herramientas para resolver el cotidiano. Nos perdemos gran parte de la trama mientras nos tomamos el tiempo para victimizar y desvaler la potencia de cada trayectoria, buscando la respuesta a porqué él/ella/ellx terminó en un penal y “nosotrxs” no. Las personas privadas de libertad no son una masa homogénea, las experiencias son tan distintas como las personas, las estrategias de supervivencia dentro de ese sistema son múltiples, como lo son afuera, con la intención de rebatir, de arrebatar y también de negociar el poder, dependiendo la ocasión.

Imprimimos este material para seguir amplificando los imaginarios de un mundo sin cárceles. Creemos que es un momento necesario para redireccionar algunas discusiones. Queremos cortar con los modos en que algunas culturas se reproducen, como la cultura de la violación, la cultura de los femicidios y trans-femicidios. Basta de usar como excusa a las cárceles con el pretexto de encerrar a violadores y femicidas. En primer lugar porque lxs violadores antes que habitar las cárceles habitan las familias. Segundo porque si no queremos más violaciones, ni femicidios, ni transfemicidios, eso no se resuelve con más cárceles, se resuelve poniendo de manifiesto todo lo que las culturas de la crueldad nos han enseñado. Todo lo que el supremacismo se ha creído capaz con total impunidad. Violar y matar a cielo abierto. ¿Qué quieren entonces? que las cárceles dejen de existir.

¿Qué quieren entonces?

Preludio a toda lucha anticarcelaria

Desde el momento en que se repite una y otra vez el estribillo de la canción antirrepresiva, las cosas se quedan como están y cualquiera puede cantar la misma melodía sin que se le preste ninguna atención.

Michel Foucault

1.

La lucha contra la cárcel no vuelve del mismo modo en que se fue. Tampoco nosotrxs volvemos del todo inocentes, como si no supiéramos por qué, en los años 70, no funcionó.

2.

La función de la cárcel en la economía general de la servidumbre es materializar la falsa división entre criminales e inocentes, entre buenxs ciudadanxs (respetuosxs de la ley) y delincuentes. Esta es una estrategia social y al mismo tiempo es psíquica. Es el encarcelamiento y la tortura de las personas privadas de libertad lo que produce el sentimiento de inocencia del ciudadanx. Además, mientras no se reconozca el carácter criminal de toda existencia bajo el Imperio¹, la necesidad de castigar y de ver castigadxs va a permanecer y ningún argumento contra la cárcel va a ser válido.

1 Para Tiqqun, el Imperio es un conjunto de relaciones en las que todxs estamos involucradxs, no es una conspiración planetaria del Mercado Mundial, ni de redes financieras. El Imperio es ese tipo de dominación que no reconoce ningún Afuera, que ha llegado a sacrificarse en cuanto a fin de ya no tener ningún Otro. El Imperio no excluye nada, sustancialmente, tan sólo excluye cualquier cosa que se le presente como Otro, cualquier cosa que se sustraiga de la equivalencia general.

3.

La división entre criminales e inocentes es falsa. Invertirla solo refuerza su ficción. Cada vez que, en la lucha contra las cárceles, se habla de lxs privadxs de libertad como buenxs pibxs, como víctimas, reproducimos la propia lógica de que la pena es la cárcel. Basta una pizca de moralina para tirar a la basura cualquier lucha anticarcelaria.

4.

La frase: "la cárcel es el aislamiento de la sociedad" es cierta siempre que agreguemos antes: no existe "la sociedad". No es la "sociedad" la que produce la cárcel. Al contrario, es la cárcel quien produce la sociedad. Es afirmando, construyendo su propio exterior ficticio, como el Imperio crea la ficción de un interior, de una inclusión, de una pertenencia. El hecho de que, las técnicas a través de las cuales se gestiona la vida cotidiana de las metrópolis del Imperio y de sus prisiones sean sustancialmente las mismas, tiene que seguir siendo conocimiento exclusivo de sus gestores. "Una prisión es una pequeña ciudad. Una cárcel es una pequeña ciudad. Ahí se duerme, ahí se come, ahí se trabaja, ahí se enseña, ahí se hace deporte, ahí se va a la iglesia. Salvo que la vida que ahí habita está constantemente bajo vigilancia, control y violencia tanto psíquica, como física. En la calle hay comercios, cines, etc. Y entonces me pregunté, ¿por qué no llevar esas cosas a las cárceles? ¿Y cómo hacerlo sin obstaculizar la seguridad?". Así se expresa uno de los principales arquitectos de las nuevas cárceles francesas. No sería recomendable decir más.

5.

El silencio que rodea constantemente el funcionamiento cotidiano de las cárceles nos obliga, a veces, a hablar en nombre de lxs personas detenidas con ese sentimiento especial de estar "en el lado correcto de la trinchera". Se habló durante mucho tiempo en nombre de lxs obrerxs, de lxs proletarixs, de lxs indocumentadxs, etc. Hasta que empezaron a hablar por sí mismos y dijeron algo totalmente distinto de lo que UNX esperaba. Ese defecto se llama: ventriloquia política. Toda ventriloquia política nos coloca cómodamente dentro de un paréntesis: nuestro discurso está libre

de cualquier riesgo para nosotrxs mismxs, ya que no nos implica, no nos hace dudar de nosotrxs mismxs. Nos ahorra reconocer que bajo el Imperio, bajo un régimen de poder que no tolera ninguna exterioridad, ninguna experiencia radical, toda existencia es abyecta en la medida en que participa, incluso pasivamente, en el crimen continuo que es la supervivencia en esta sociedad. Si necesitáramos una causa justa para revelarnos, ningún habitante de las ciudades podría tener derecho alguno, dados todos los beneficios que obtenemos cada día del saqueo universal. Nuestra condición no es la de la clase obrera durante la primera "revolución industrial", que todavía podía oponerse a la moral de los consumidores, a la moral burguesa, a su moral de productores. Nuestra condición es la de la plebe. Vivimos en el centro del Imperio en medio de una indigerible abundancia de mercancías. Cada día nos acomodamos a lo insopportable: patrulleros de la policía armados en las calles, una persona mayor durmiendo en una rejilla de ventilación del subte, un amigo que nos traiciona abiertamente, pero al que no matamos, etc. Entramos varias veces al día en relaciones puramente mercantiles. Y si, dejando a un lado nuestra mala conciencia, nos damos los medios para una ofensiva, logramos alguna forma de acumulación originaria². Si la cuestión es quiénes somos, es obvio que no somos "lxs pobres", "lxs desposeídxs", "lxs oprimidxs", precisamente por la medida en que todavía somos capaces de luchar. En realidad, lo que nos une no es la revuelta contra el exceso de infelicidad que se infinge actualmente al mundo, sino un disgusto duradero con las formas de felicidad que nos ofrece. Así que nuestra posición es la de la plebe -obscena, extravagante, esquizofrénica- que no puede rebelarse contra el Imperio sin rebelarse contra sí misma, contra la posición que ocupamos. No hay más revueltas que no sean al mismo tiempo revueltas contra nosotros mismos. Esta es la rareza de la época, y el reto de cualquier proceso revolucionario a partir de ahora.

6.

“La justicia penal se está convirtiendo en una Justicia funcional. Una justicia de seguridad y de protección. Una justicia que, como tantas otras instituciones, tiene que administrar una sociedad, detectar lo que es peligroso para ella, alertar sobre sus propios peligros. Una justicia que se da a sí misma la tarea de vigilar a una población más que de respetar a los sujetos de derecho.” (Foucault) La prisión no está diseñada para las clases peligrosas, sino para los cuerpos rebeldes. La aplicación metódica de la coerción en la educación burguesa o la obsesión de la pequeña burguesía global por la comodidad bien podrían explicar la rareza de los cuerpos rebeldes en ciertos medios, y su sobrerepresentación en la población carcelaria. A través de las prisiones y tantos otros aparatos, la civilización pretende gestionar su putrefacción para posponer, tanto como sea posible, su colapso anticipado. El encierro es el destino final que el Imperio promete a todos los que no funcionan, a todos los que perturban el estado normal de las cosas. De este modo, la civilización esperasobrevivirásímisma:aislandoalos “bárbaros”.

7.

Conocemos la cárcel, la amenaza de la cárcel, como una limitación definitiva de la libertad de nuestros gestos y nuestras acciones. La lucha contra las cárceles desde el exterior nos ayuda a romper esta restricción haciendo que la cárcel nos resulte familiar, dispersando el poderoso temor que se asocia a ella. Se trata de eliminar en nosotrxs el miedo a luchar. Vemos que no es una necesidad moral la que nos lleva a luchar contra las cárceles sino una necesidad estratégica, la de hacernos colectivamente más fuertes. “La eficacia de la verdadera acción se encuentra en el interior de sí misma”.

8.

“Decimos: no más cárceles. Y cuando, a esta especie de crítica masiva, la gente razonable, legisladores, tecnócratas, gobernantes, preguntan: “¿Qué quieren entonces?” La respuesta es: “No nos corresponde a nosotrxs decirles en qué salsa queremos ser devoradxs; no queremos seguir jugando a este juego de castigo, no queremos seguir jugando a este juego de sanciones penales, no queremos jugar más a este juego de la justicia.” (Foucault)

9.

La lógica revolucionaria y la lógica de apoyo a las personas encarceladas en cuanto presxs no coinciden. El apoyo a lxs privadxs de libertad está impulsado por una solidaridad afectiva, humana si no humanitaria, con todos aquellos que sufren, con todos lxs aplastadxs por el poder - la motivación de los católicos del Génépi³ tiene su origen. La lógica revolucionaria, ella, es estratégica, a veces inhumana y a menudo cruel. Apela a otro tipo de afecto, muy diferente.

10.

En la cárcel, toda lucha es radical: supervivencia o destrucción, dignidad o locura: todo está en juego en la disputa por los más mínimos detalles. Y en la cárcel, toda lucha es también reformista porque debe mendigar lo que consigue, incluso amotinándose, de un poder soberano que tiene en sus manos la vida de quienes las habitan.

³ Grupo de estudio de personas privadas de libertad.

11.

En todas las revoluciones del siglo XIX -1830, 1848, 1870- era tradicional que, hayan revueltas dentro de las cárceles y que lxs privadxs de libertad se solidarizaran con el movimiento revolucionario de afuera, o que lxs revolucionarixs abrieran por la fuerza las puertas de las cárceles y liberaran a lxs privadxs de libertad. Encualquier caso, el caminomás corto para poner final a las cárceles es, de nuevo, construir un movimiento revolucionario.

12.

No hay expresiarixs entre nosotrxs. Hay amigxs que han cumplido condenas. El exconvictx es una figura literaria, de ficción, de novela. Lx presx en cuanto presx no existe. Lo que existe son formas-de-vida que la máquina penitenciaria quisiera reducir a nuda vida, a carne dócilmente almacenada. El mito de la celda expresa el sueño de no tener que tratar ya con cuerpos animados por razones intratables, afectos violentos y lógicas enloquecedoras, sino pedazos de carne inertes, en espera.

13.

Bajo el Imperio, en el núcleo de la guerra civil global, la amistad es una noción política. Toda alianza traza una línea en el enfrentamiento general, y todo enfrentamiento exige alianzas. Encarcelar a alguien es un acto político. Liberar a unx amigx con una bazooka como lo que pasó en Fresnes⁴ hace poco es un gesto político. Lxs miembres de Action Directe⁵ no están detenidxs porque hayan luchado, sino porque siguen luchando.

14.

Tenemos amigxs entre lxs privadxs de libertad, pero no solo. La lucha contra las cárceles no es una lucha por lxs privadxs de libertad. Nosotros queremos abolir las cárceles porque limitan nuestra posibilidad de formar alianzas y condimentan nuestras diferencias. Queremos abolir las cárceles para que se den libremente las verdaderas guerras, en lugar de la pacificación actual que eterniza la falsa división entre culpables e inocentes. Una vez más, para nosotrxs, se trata de dividir lo que ya está dividido.

15.

Una sociedad que necesita prisiones, una sociedad que recurre a la policía, es sin ninguna duda una sociedad donde toda libertad está anulada. Al revés, una sociedad sin cárceles no es automáticamente una sociedad libre. No faltan ejemplos históricos que ilustran este punto si se tiene en cuenta que el encarcelamiento no se impuso como forma dominante de castigo hasta principios del siglo XIX.

16.

Ni la brutalidad del servicio penitenciario, ni la arbitrariedad de la administración penitenciaria, ni el hecho de que la cárcel sea una máquina de destrozar vidas, produce escándalo. Admitimos que la función de la cárcel es la de reprimir a los cuerpos incontrolables, la de domesticar a los “violentos”. Comparado con la rueda, la hoguera o la guillotina, el encarcelamiento se imaginó desde el principio como un castigo civilizado y civilizador. “El encarcelamiento es la pena por excelencia en las sociedades civilizadas”, escribía P. Rossi en su Tratado de Derecho Penal, en 1829. La espera paciente es la virtud propia del ciudadanx; y pedir permiso antes de cualquier gesto es uno de los ABC de su educación. Nuestra lucha es ante todo una lucha contra la civilización, también una lucha contra la prisión.

⁴ En 2003 un grupo comando lanzó un misil con una bazooka para liberar a un compañero de la banda privado de libertad en una cárcel en las afueras de París.

⁵ Guerrilla urbana de izquierda en los años '80, Francia.

17.

En la lucha contra la civilización, la cárcel es: "dedos que tantean y mano que mata". Pero, cualquiera con los piés en la tierra va a admitir, no se gana una lucha golpeando los puños del enemigo.

18.

El razonamiento que consiste en decir que esta sociedad no podría seguir funcionando sin las cárceles y que, atacándolas, hacemos tambalear la totalidad del sistema, es correcto lógicamente pero no en la práctica. La cárcel no es "el eslabón débil". El recurrente debate sobre el anacronismo de las prisiones nos recuerda, por su carácter efímero, que ese anacronismo es el que garantiza la "modernidad" de todo lo demás.

19.

Como amenaza, la prisión es, en efecto, uno de los medios que la civilización utiliza para disuadirnos de comulgar con lo salvaje que llevamos dentro, de afirmar las intensidades que nos atraviesan. Sólo a partir de ahí podemos comprender que el enemigo no está totalmente fuera de nosotrxs, que podemos hacer palanca sobre la civilización en la misma medida en que ella nos posee. Porque, a fin de cuentas, nuestra disputa con lxs ciudadanxs se basa en esto: en que bien podríamos preferir la "barbarie" a la civilización.

20.

Del mismo modo que el desafío de cualquier lucha en la cárcel es, después de todo, la ocupación del espacio de autoorganización necesario para formar potencia colectiva frente a la administración, igualmente se trata para nosotrxs, que nos constituyamos en fuerza, en fuerza material, en fuerza material autónoma en el seno de la guerra civil mundial. Esto se consigue cuando logramos impunidad para nosotrxs mismxs.

En realidad, la lucha contra las cárceles en estos tiempos de separación extrema es sobre todo un pretexto para nosotrxs. No se trata de añadir un nuevo capítulo al dolor del activismo, sino de utilizar el proyecto de abolición de las cárceles como lugar de encuentro para organizarnos más ampliamente.

21.

Frente a la mentira esencial de la civilización, tenemos razón. Pero "un mundo de mentiras no puede ser derribado por la verdad" (Kafka). Toda la proliferación policíaca que nos rodea está ahí para impedirnos ese pasaje, para impedirnos llegar a ser, poco a poco, una realidad. Cada día se añade un nuevo aparato a la red que controla nuestra existencia cotidiana. Se trata de reprimirnos, de perseguir en nosotrxs cualquier resto de potencia, de salvajismo. Cada día curvamos nuestra espalda, pasamos sin molestar, en la relación de fuerza desmesurada que nos impone la avalancha de dispositivos; y por la noche nos felicitamos por haber sobrevivido a ellos. Pero no es así: cada vez que nos sometemos, nos morimos un poco. La cárcel es este mega-dispositivo en el que no se termina de morir en pequeñas dosis, morir a fuerza de sobrevivir. Si ocupamos juntxs una penitenciaría, no debe ser para discutir nuevamente sobre la cárcel, el encarcelamiento, el aislamiento, sino, con la relación de fuerzas invertida, dar rienda suelta al libre juego de nuestras formas de vida. Y para demostrar que podemos hacer un uso totalmente distinto de nuestros cuerpos y del espacio.